

Más allá de la negación y el desconocimiento Resurrección de la América trágica

Nerva Bordas de Rojas Paz

Inertes en una realidad cotidiana, crítica y enferma, manejados por hilos poderosos que bifurcan y pulverizan esfuerzos ancestrales, avanzamos hacia este fin de siglo atentos a cuestiones de momento e importando problemas de otra historia. Final de siglo que nos encuentra como continente y como país soportando una crisis profunda y en sostenida decadencia: aquella a la que se llega por reincidentes desaciertos resultantes de inconsultas constituciones y conducciones, al amparo de la negligencia y el descuido, la negación onológica y el abandono, ausente la valentía, el coraje y el heroísmo participativo, derramado sin límites, ética y estéticamente, en un pasado fundador de nuestro ser real, sin duda rechazado por otro ficticio con empeño.

Crisis culpable que acusa intolerancia, desencuentro, incompreensión y fractura. Afecta de modo directo nuestra ontología y, sobre todo, nuestra ontología política, afección que despacha la trabajosa tarea de nuestros pueblos y su facultad creadora al subsuelo de la historia.

Final de siglo que invita a la evaluación y con ella al resurgir y al renacer; llamado a recuperar la capacidad decisoria que, armonizando libertad y destino, el azar y la necesidad, los asocie desconociéndolos como polaridades sin diálogo, que han ido obstaculizando su manera de ser.

Hemos tratado de tematizar nuestra afección en tres tópicos que tienen conexión estructural; intentan puntualizar el problema e insinúan una salida para recuperar lo perdido.

La analizaremos dentro de los siguientes apartados:

I. Cultura e identidad

II. Ontología política

III. Inserción de América en el mapa mundial

Estos tres temas intentan una reflexión globalizante que pone en estado de análisis cuestiones que afectan a todo nuestro continente latinoamericano, integrado por países que, a pesar de sus diferencias, acusan significativamente las mismas carencias oncológicas, con matices importantes en algunos casos.

Los abordaremos con las limitaciones que nos impone este ensayo, concientes de la necesidad de una reflexión frontal y libre de prejuicios que venimos desarrollando desde tiempo atrás. Nos impulsa el deseo de encontrar caminos de recuperación y resurrección: un ser cultural negado que necesita ser reconocido para crecer. Nuestra pretensión es señalar rumbos que permitan afrontar tal objetivo.

Las cuestiones que hacen a la ontología de los pueblos no se resuelven a partir de recetas ideales. Tienen fuerza cuando responden y pertenecen al genio colectivo, son aceptadas por él y cobran vigencia en el obrar concreto. Nos proponemos sacar a la luz insuficiencias congénitas reveladoras de caminos distorsionados que operan como vallas al crecimiento. Son elaboraciones tendientes a comprender al sujeto de pertenencia: o se disuelven en el querer común y pasan a ser de todos o desaparecen en la indiferencia.

Cultura e identidad

Afrontar el lema de la identidad de un pueblo es afrontar el tema de su cultura. Vínculo inescindible entre ambas, toda identidad se expresa en un hacer que no es otra cosa que su manifestación cultural. Empobrecidas cuando se las comprende a partir de lo meramente tangible y cuantitativo, viven en el fondo imponderable de una producción simbólica que protege y funda un carácter, en

cuya virtud un grupo accede a una determinada concepción del mundo, deja de ser una multiplicidad amorfa y concreta su ser común: éste se alza sobre las particularidades, las contiene y anima; en función de ella crece como todo, actúa y se erige en la peculiaridad de un destino. En este nivel la libertad es lo infranqueable.

La cultura habita en el reconocimiento que desde ella misma hace el conjunto como expresión de su propia imagen. En América, cultura e identidad, en tanto amalgaman el sentido, viven en el desconocimiento y la negación institucional. Pobreza e inexistencia ontológica fueron el diagnóstico para constituir una Nación ficticia e irreal, interpretando la cultura desde el patio de los objetos. Esto provocó y provoca una alteración constitutiva aún no resuelta. Planteamos la necesidad de volver sobre nosotros, acercarnos al origen, entendernos a partir de nuestros elementos culturales, de aquello hecho desde nuestra libertad, a lo largo de nuestra historia, sin menguas y sorteando los impedimentos cercadores; captar el espíritu común, aquél con el que hemos resuelto afrontar la vida, presente, a pesar de la negación, en lo más hondo de las decisiones participativas.

a) Reconocimiento en los elementos culturales

Aunque se intente borrar las huellas de un camino trazado desde la trama colectiva de sentido, aunque se la quiera disolver en el juego de modelos ideales externos producidos a escala de un planeta a uniformar, los pueblos reservan un espacio redentor que ampara al sobreviviente donde atesoran, conservan y protegen aquellos que reúne: hablamos de la cultura. Refugio primero y último formado por el inescindible vínculo entre lo ético y lo estético, es construido por los pueblos como tarea de conjunto desde el que definen un modo de ser, una naturaleza propia, un genio, un *ñande recó*, del que nos habla el padre B. Melia, cuando nos dice: "Los guaraní tienen una conciencia clarísima de identidad cultural, La expresión guaraní correspondiente es el *ñande recó*. *Ñande recó* significa nuestra naturaleza, nuestro modo de ser, nuestra manera

de pensar”¹. Se alcanza cuando los hombres hacen la experiencia de su libertad y, como comunidad creadora, dan vida a un tejido viviente nacido del enlace de sus libertades, absueltas de imposiciones externas y bajo el amparo de lo trascendente.

En momentos extremos de crecimiento en el desarraigo, cuando nos desborda un obrar errático que ha perdido todos los referentes y transita caminos de corrupción, ella asume la posibilidad salvadora; a ella se vuelve para reencontrar los arquetipos y verdades sostenidas por la fuerza de las viejas metáforas. Matriz que hace posible una coherencia interna, punto de apoyo que sostiene lo múltiple, conformación de identidad, que así actúa con la potencia y la unidad necesaria para expresarse.

No existen pueblos sin cultura, como no existe un hombre sin acción; cada grupo colectivo elabora su estrategia de vida, su política y su proyecto desplegando un núcleo vital simbólico, unificador de sentido, médula alrededor de la cual crece. Gira y se recrea en torno a él; se desimplica de modo dinámico enriqueciéndose y proyectándolo sobre sus obras. Se abre permanentemente a lo nuevo al tiempo que permanece fiel a sí mismo, como la imagen móvil de lo eterno, repitiendo a Platón.

Llamamos a descifrar la interna necesidad con que los pueblos laboran ancestralmente su vida, nos detenemos en los dos componentes constitutivos de la cultura: lo ético y lo estético.

Lo ético nos instala en la morada, resuelve la tragedia de la soledad en compañía, dentro de la cual los dioses inauguran una senda y la libertad trabaja en el sentido. La etimología arroja luz originaria tanto desde el griego “*ethos*”, cuanto desde el latín “*mores*”. Nos remite al mundo de las costumbres como suelo de formación del carácter. Supone el ejercicio de una libertad real y es el domicilio en el que ella habita. En la morada, desde las costumbres, se van dejando las huellas de significación que las sucesivas generaciones continúan

en el impulso de crecimiento. Se trata de la subsistencia del ser en la búsqueda de la perfección. En tanto libertad ética, su discurso es coincidencia participativa que concentra luchas, tensiones, divisiones, éxitos y fracasos reflejando anhelos y apetencias. Movimiento incesante de lo trágico que resuelve la muerte en la vida. No se deja aprisionar por un grupo o un individuo, ampara al conjunto y llega a ser una voz de múltiples facetas que viven en el espíritu colectivo.

Lo estético revela y expresa la morada; forma y contenido se unen captando lo sensible y racional de ese espíritu común al que dan vida. Remite a la instancia en que la libertad juega con el límite y trae a la luz lo profundo de la intimidad en el lenguaje del arte. Instancia que hace dialogar lo infinito con la finitud y penetra en la vorágine del ser y la libertad. Nos atraviesa como la aventura de lo ético realizándose a sí mismo, dentro de la cual lo apolíneo y dionisiaco debaten y descifran sus territorios.

Estos elementos habilitan el horizonte simbólico de pertenencia. Expresión de libertad, la cultura es un acto de decisión y se proyecta como gesto que fertiliza, como modo de la sabiduría. Cada individuo es motor de crecimiento de sí mismo y del grupo, pero para determinarla es insuficiente un querer individual arbitrario sofocado en su soledad; es necesario la consustanciación de las libertades que al aunarse forman aquello que trascendiéndolas las agiganta y retiene.

A partir de ella, de la identidad cultural, desde su entretejido ético-estético, nace el eje conductor de los episodios vitales; enhebra entonces hilos de libertad, visibles e invisibles, tangibles y fantasmales, generando un espíritu que, apoderado del tiempo y del lugar, hace grávida la acción y la palabra.

b) Reconocernos en el origen

Dejamos dicho que reencauzar el camino exige un viaje de reconocimiento. Se nos impone acercar el origen, tratar nuestra génesis, minorizar el mero dato histórico puntual para ascender desde lo que tiene de significativo. Lidiamos con

el laberinto construido para renacer desde la intimidad desoída. Descubrirnos para salir de nosotros como nosotros.

Prendidos al origen, delineamos un perfil: recorrerlo, reapropiárselo y continuar la marcha poniendo en correspondencia un proyecto con aquello que está. Origen vigente a lo largo de nuestros quinientos años, enriquecido con los que conformaron cada raíz antes de la conjunción de lo preamericano y lo español, e integradoramente reafirmado con la mezcla de razas posteriores que se adhirieron a nuestras raíces. La reflexión quiere revelar el modo como las han ido conjugando nuestros pueblos; América debe dar a luz el resultado de su síntesis, aquella que vive en su realidad, obra cultural de su gente, como concentración de vertientes que no admiten la definición por una sola. ¿Cómo dar fuerza a un futuro negando un pasado que mina nuestro presente? Volvemos la mirada para seguir adelante cobijados en los momentos decisivos de nuestra conformación. No se trata de un inventario histórico: el pensar necesita encontrar la dimensión ontológica.

Afrontamos de este modo el hecho de la conquista. Gesta inicial no suficientemente pensada que tuvo dos efectos decisivos sobre la ontología del planeta:

1. Totalización del mundo
2. Nacimiento de lo americano como conjunción de razas.

La comprensión de estos acontecimientos no alcanzó aún hoy una hermenéutica apropiada que permitiera descifrarlos en toda su dimensión. Tanto uno como otro fueron absorbidos por la inteligencia moderna y subordinados a sus categorías. Lo natural, interpretado desde la riqueza, es lo dominable: se justifica el ritmo expoliador y de devastación a nivel mundial. Los procesos culturales resultaron desconocidos en sus diferencias y homogeneizados bajo el concepto de "civilización". Ser culto es sinónimo de civilizado y corresponde a quien se acomoda a los principios modernos que pasan a ser modelos para el mundo. Al desconocer las diferencias y negarlas, se pierde la eticidad y se instala la violencia con carácter planetario.

La desvalorización de aquello que no se adapta al modelo arquetipo es el efecto retrógrado que toma cuerpo en los países de Latinoamérica. Denostar una identidad de modo perseverante no abre precisamente las puertas del crecimiento.

La conjunción de razas, nuestro mestizaje, es tomado como signo de desvalorización; desde él resulta impensable definir una identidad dando cuenta de la significación de la mezcla. Se constituye así en otro de nuestros grandes descuidos y abandonos. Se insiste en tomar cada vertiente desligada de la otra; se piensa en lo indígena o en lo europeo de modo autónomo, tratando de volcar la identidad en uno u otro sentido, acusándose respectivamente de indigenismo o europeísmo. De tal modo, se impide ver el poder sintetizador de los pueblos que dejan de ser una y otra vertiente para renovarse en la mezcla. El desprecio impide ver la alquimia cultural, reparar en su novedad y distinción. Muchos pueblos han hecho la experiencia de encuentros raciales múltiples a lo largo de la historia de la humanidad. Se podría decir que el mundo es un gran mestizaje. Pero aquello que nos invita a pensar no es tanto la mixtura, sino los resultados a los que se llega como consecuencia de ella; la maceración de las vertientes y su transformación en algo propio y singular producen la reformulación de algo nuevo que pasa a ser original; desde las agonías de lo viejo tiene lugar la metamorfosis que provoca un renacer sin precedentes. Esto es América.

Nuestro ser se alimenta de fuentes contradictorias que se sintetizan, son fagocitadas y elevadas hacia la trascendencia. Pero esta síntesis pasa desapercibida en su importancia: produce efectos concretos en la vida cotidiana pero ni el mundo intelectual ni el político las recepta. Ausentismo al trabajo, cierto grado de imprevisión, abandono a las resultas del destino, ("contra el destino nadie la talla" sentencia el tango), etc. son el resultado de síntesis que forman parte de la identidad común y de la que aún no nos hemos apercibido. Por ello apelamos al reconocimiento; desde él, amanece nuestra esperanza de resurrección. Volver al origen, atender a la gesta inicial, no puede quedar ceñido a una lectura puntual que glorifique o condene; gloria o infierno se subsumen en la fuerza creadora de

los pueblos; éstos los reabsorben y liman las aristas de enemistad excluyente. De ese modo crecen al amparo de sus propias producciones: la muerte se recobra en la vida y la dimensión trágica se acomoda en el espíritu.

Como pueblos y como pensadores nos ha sido destinada la mezcla para recrearla desde la libertad. La cruenta experiencia del origen lleva en su seno signos de resurrección: la sangre se funde y confunde en algo nuevo; retiene los antecedentes y los revive. Anima un nuevo ser que asume y subsume lo anterior. Tal será el dictado para el futuro: asunción y subsunción. Ejercidas ambas permitirán el reconocimiento del ser que somos; se trata de hacer un lugar para entendernos. Como continente compartimos un origen; una misma historia nutrida de particularidades instaladas en algo común nos invita a crecer sobre las diferencias. Asunción y subsunción de nuestro destino: allí alojamos nuestra libertad.

Partimos de un origen que se proyecta desde un asombro que reúne la admiración con el espanto, la intrepidez con el desasosiego, la muerte con el nacimiento. Entretejidos los hombres y los dioses, impulsados a continuar las huellas de una creación originaria, evocamos aquel acto inicial con el sentido de una conmemoración que al restituir la presencia inaugural, convoca a deliberar sobre la identidad. Pone en debate la significación de la fuerza congénita sobre la que se asienta y revela defectos y virtudes, potencias y debilidades. Nos dirigimos hacia la interioridad del sí mismo en busca de tal revelación subyacente en aquello que interpretamos como núcleo íntimo de configuración ontológica –“estar”, en Kusch o “núcleo ético-mítico” en Ricoeur– en el que se mueve la trama urdida con los dioses dándole genio y figura. Caracterizar este centro motor congénito y dinámico, no siempre aceptado, ha sido tarea infecunda para la reflexión. Lo sentimos como carencia grave que ha opacado un crecimiento legítimo. La negación, latente aún, actúa como despojo, despersonaliza, desculturaliza. Por ello, reconocemos desde el origen, alentar este camino épico de confesión, que sin impugnar ni alabar, está ahí presente, son vías que se ofrecen para encontrar una salida al hoy.

c) Reconocernos en nuestro espíritu trágico

América nace trágica y vive este final de siglo trágicamente, frustrados aún los intentos de hacerla moderna. Debate ancestral entre opuestos –lo trágico y lo moderno– que obstaculizan su marcha.

Choque entre lo santo y lo diabólico que impregna nuestro comienzo y marca nuestro carácter. Lectura del mundo que captura un desenlace entre la libertad del hombre y la voluntad de los dioses; ronda en ella el sentimiento trágico de la vida, como en Unamuno. La fuerza de lo divino en ambas raíces –indígena y española– imprime ontológicamente lo americano: permanecerá en su interior sobreponiéndose a los embates modernos. En tal horizonte de vida y muerte, no hace más que acompañar el fondo sustancial en que se debate el cosmos. La tensión libertad-destino funda la experiencia trágica de lo humano. Negarla, o aceptarla recreándola, hace a la cosmovisión que define una cultura. América vive la libertad como una respuesta esperada por los dioses; no ha calado la autosuficiencia racional encerrada en el simulacro de una libertad vacía y solitaria. Vivir trágicamente es componer destino y libertad; asumir el destino inexorable no sólo de ser para la muerte, sino de ser libre para la muerte, traída esta última a la vida sin la negación traumática europea. En estas tierras los dioses nos acompañan y lo ético es el aprendizaje permanente de la libertad que, ligada a los dioses, a Dios, al prójimo, al cosmos, teje el Destino. Desde allí nos dice que no es moderna, lo cual no significa una negativa a avanzar o crecer, o rechazar los logros de otros pueblos, representa la afirmación de sí, interpretado en un destino de trascendencia que le exige acompañar el ritmo de una anterioridad ontológica ineludible e innegable. Hoy día se intenta corregir los yerros y volver sobre respuestas ecológicas que restauren la armonía perdida, consecuencia de no haber comprendido a tiempo aquel ritmo y el sentido trágico del ser como sentido del vivir. Lo moderno en nosotros, sobre todo en la ciudad, en las aulas y los gobiernos, arrastra una lucha no resuelta entre ser americano y ser ciudadano, gobernante o estudiante, porque se es por un lado ciudadano, gobernante o estudiante a la europea... y por la otra, habitante americano. Quiebre que nos

vuelve bicéfalos, anfibiología del ser que sólo pensando en y desde nosotros puede recomponerse.

El ser danza entre los límites y lo ilimitado, es articulación ineludible entre ellos; es vivencia trágica enmarcando un destino de creación y misterio; supuesto irremediable de convivir con el arcano frente al acoso insaciable de ser libre. Cualquier absolutización parcializante, cualquier negación de la tragedia pasan a ser maniobras dilatorias; se disuelven en el anverso de la presencia fatal; siempre resurge la necesidad de entender nuestra muerte y resurrección, nuestra trascendencia fundada en un destino de libertad.

Si Grecia lee su misión trágica como *phrónesis* en busca de armonía, América la plantea como conjuro para evitar el mal: la misma tensión de Antígona entre la ley divina y humana, entre “el estar” y “el estar siendo” con “el ser sin estar” de Kusch. El Occidente de la razón absoluta esgrime la negación de la tragedia, transforma la acción humana en voluntad de poder ilimitado y cae en el simulacro del ser. Su crisis actual habla de un encauzamiento y un retroceso.

América es hostigada desde su nacimiento a negar lo trágico al modo moderno. Ello le obliga a transitar caminos de incomprensión, el propio con el impuesto; allí ubicamos su debilidad y su experiencia dependiente de modelos exóticos inadecuados. Si ser trágico supone la necesidad de encarar desde la libertad la inexcusable determinación de los dioses, América es sometida a tergiversar la tragedia impidiéndole expresar íntegramente su propia adecuación al mundo, sumergiéndola en la mentira.

A partir del contexto ético estético que envuelve la cultura, nos es factible captar el sentido con que la acción humana se proyecta. Nos atrevemos a pensar en la tragedia como nivel ético metafísico de expresión, donde lo estético, habiendo recibido la fuerza de lo ético, expresa lo más hondo de una cultura, su modo de manejar las correspondencias entre los opuestos.

Dentro de este enfoque, Gadamer hace referencia al pensamiento que considera lo trágico no sólo como una expresión artística que se basta a sí misma, sino como un fenómeno ético metafísico que apunala el sentido. Esta es nuestra intención al proponer el reconocimiento de América en su espíritu trágico, aunando la fuerza de lo estético en la dimensión ético-metafísica, como componentes de la cultura. Gadamer lo expresa en estos términos: "... lo trágico es un fenómeno fundamental, una figura de sentido, que en modo alguno se restringe a la tragedia o la obra de arte trágica en sentido estricto sino que puede aparecer también en otros géneros artísticos, sobre todo en la épica. Incluso ni siquiera puede decirse que se trate de un fenómeno específicamente artístico por cuanto se encuentra también en la vida. Esta es la razón por la que los nuevos investigadores (Richard Hamann, Max Scheller) consideran lo trágico como un momento extraestético; se trataría de un fenómeno ético-metafísico que sólo accedería desde fuera al ámbito de la problemática estética..."².

El mismo autor manifiesta más adelante: "Lo que el hombre aprendería por el dolor no es esto o aquello, sino la percepción de los límites del ser hombre, la comprensión de que las barreras que nos separan de lo divino no se pueden superar. En último extremo es un conocimiento religioso, aquél que se sitúa en el origen de la tragedia griega"³. Estamos en presencia del carácter religante de lo trágico que, en nuestra opinión, puede admitir varios modos de expresión, consecuencia del sentido que se da a la libertad, pero no consiente la negación absoluta, a menos que se acepte la experiencia de mutilación que ella supone.

La visión trágica busca el canal estético de expresión que lo pone en contacto con lo sagrado, mítica o religiosamente. De ese modo se incorpora la experiencia al sentido vital. Cuando Aristóteles trata los mitos y la filosofía, los identifica en el punto de partida: ambos nacen del asombro: los diferencia en su fin: los mitos expresan tal asombro y con ello logran un tipo de saber; la filosofía, desde el asombro, se interna en la causa para demostrarla. Otro tipo de saber. Poesía y ciencia.

La tragedia alcanza estéticamente el nivel metafísico de la expresión canalizado por los pueblos poéticamente. La poesía permite a lo humano trascenderse y asir aquello que a la ciencia le está vedado, trágicamente vedado, irremediablemente vedado.

Por ello dijimos al comienzo que América nace y vive trágicamente. Maneja con riqueza pluriforme el nivel mítico-religioso-poético que la modernidad niega y recepta con cautela los dictados técnico-científicos de ésta, pese a la violencia con que se impone. ¿Subdesarrollo o sabiduría? Nuestro tiempo nos muestra que en un mundo dominado por la ciencia, la poesía está condenada al hambre. Nuestra crisis tiene que ver con esta condena que gran parte de nosotros contribuye a agrandar por incompreensión y desconocimiento. Reconocemos en nuestro espíritu trágico abre una puerta que tal vez sea de dimensión planetaria.

En este continente mestizo rondan modos opuestos de entender el trágico mundo: mítico y cristiano en su origen, conserva la comprensión de lo sagrado persistiendo dentro de sí, con dificultad en algunos casos. La razón absoluta cumple su papel sin alcanzar plenamente sus objetivos: todas ellas deliberan dentro de un sentido creyente: la pugna provoca no pocos desaciertos y experiencias conflictivas. Se mantiene trágica también en la mezcla y su síntesis, resiste culturalmente no siempre protegida por sus gobiernos, sabiendo que su libertad es fuente para conjurar el mal.

d) Resurgir desde la negación y el desconocimiento

Dentro de este esquema nace la pregunta que interroga por nuestra situación. La planteamos acuciados por un destino que debe crear desde la negación y el desconocimiento de sus instancias éticas y estéticas. Cuando la libertad deja de trabajar con figuras genuinas, el obrar deambula entre la trampa y la tergiversación.

La actualidad denuncia la falta reflexiva con que afrontamos la realidad de nuestro ser cultural, eje central de una ontología sobre la cual necesitan construirse las diversas manifestaciones para ser verdaderas. Deuda central que abona el desconocimiento acerca de aquello que somos y qué necesitamos sin recurrir a la copia.

Este viaje de reconocimiento nos muestra, hasta el momento, dos graves descuidos: el abandono reflexivo de nosotros mismos –como lo acabamos de señalar– y nuestra falta de reconocimiento interno, propiciando la copia exterior. Nos hemos reacondicionado en moldes globalizantes que hoy, sus creadores originarios quieren romper.

Rescatamos y defendemos un perfil histórico de independencia y solidaridad que tiene proyección continental, desdibujado frente a esta negación e incompreensión de nuestro ser, negación que pone en escena un traspié desestructurador de nuestros sujetos llevados así al terreno fácil de una nueva conquista por otros medios.

Constatamos los resultados: inestabilidad, desorden interno, desencuentro ontológico. Frenos a nuestra posibilidad decisoria en tanto disociada nuestra comprensión del mundo. La reflexión no alcanza su objeto si afronta situaciones coyunturales: necesita internarse en las profundidades de un ser que no encuentra la expresión de su sí mismo al institucionalizar la Nación.

Hay en nosotros una fuerza interna que crece sorteando vallas a partir de la lucha en que se debate. El esfuerzo debe calar en lo más profundo, detener su atención en las objetivaciones culturales realizadas, abarcadoras de nuestras síntesis mestizas.

Revalorizar lo hecho en libertad, releer los resultados del obrar ficticio y negador, deslindando lo absorbido y lo rechazado. Nos parecen primeros peldaños para una resurrección fortalecedora de nuestro sujeto real.

Ontología política

El campo político presenta nuestro segundo eslabón crítico: un sujeto político constituido como Estado moderno asume la representación del ser colectivo. Ya lo hemos anticipado. Su estructura no guarda relación con el carácter de nuestra identidad colectiva. La clave del desacierto se hace presente al comprender que dentro de un espíritu trágico se instalan instituciones modernas. Hemos señalado los efectos negativos de este hecho en otros trabajos bajo el título de “fractura ontológica”, atribuyéndole ser foco de nuestra inestabilidad y desacuerdos internos.

El análisis nos lleva a la consideración de dos aspectos de importancia:

a) Necesidad de que el sujeto político, hoy Estado moderno, alcance densidad ontológica.

b) Conformación de nuestros sujetos políticos, hoy Estados modernos, en la atención de las instancias ético-políticas propias.

a) Densidad ontológica del sujeto político

Este inciso alude a lo político en su nivel esencial. Plantea un principio general que precede y conduce al encuentro de lo político y cultural como componentes ontológicos. Significa una propuesta refundacional de lo político en su dimensión ético-ontológica. Este deja su papel superficial de buceador de técnicas operativas destinadas a alcanzar el poder, para encontrar su razón de ser en la función formativa de los sujetos plurales, organizados según sus esquemas culturales fundantes. Adviene de ese modo al Uno común. La instancia política supone la transformación del grupo en algo sustancialmente distinto de las particularidades que lo componen, supera la mera suma de individualidades y alcanza el ser institucionalizado en la consustanciación del sí mismo. Despliega así su “acción plural unificada, realizando una experiencia que dice una identidad, la del nosotros como pueblo y Nación constituida. Es el nivel de un orden político con densidad ontológica, en términos de organización constitutiva sustancial,

que significa entrar en el campo de la ontología política sostenida en la fuerza del ser y de la ética. De ese modo alcanza un pueblo su constitución real, su libertad y crecimiento legítimo. El grado de cohesión que detenta cada sujeto colectivo a partir de la fuerza de su organización política define su posibilidad de acción tanto en el plano interno cuanto internacional, esto es, su inserción en el juego político del mundo. Dar vigor al sujeto político en nuestro continente constituye uno de los requisitos esenciales para definir su acción en términos de libertad. Ello implica estar atentos a lo señalado en el apartado I como paso inevitable a la necesaria estructuración interna que amalgame lo cultural con lo político, como las dos caras de un mismo ser.

Nuevos parámetros de organización deben responder al genio colectivo elaborado históricamente, superando una experiencia insuficiente y totalizando los aciertos. Se impone exceder la instancia de un Estado moderno formal, cuestionado a nivel mundial y recomponer nuestra organización política en el marco ético-político que le de fuerza constitutiva y ampare el ejercicio de su libertad. La debilidad institucional política que acusan nuestros países, encastrados en moldes extraños, provoca el frecuente tilde de “republiquetas bananeras” y otros similares, que hablan de nuestra inesencialidad. La reflexión debe orientarse en la tematización de nuestros problemas a partir del encuentro con aquello que somos; debe cumplir el papel de clarificación y estímulo de crecimiento. Nuestro sujeto político pide ser reestructurado en la densidad de una ontología política.

b) Desencuentro ético-político

Este inciso se vincula de modo visceral con la falta de reconocimiento y la negación ontológica que venimos analizando. Dejamos dicho que la disociación entre la cultura y lo político opera como factor disolvente. La relación no vinculante entre gobierno y pueblo –suele establecerse que el pueblo no gobierna ni delibera sino por medio de sus representantes–, las mediaciones que distancian un querer colectivo de las decisiones de la autoridad –como por ejemplo las

antojadizas alianzas en los colegios electorales, u órganos parlamentarios, órganos ejecutivos, etc.— conducen a una labilidad que lo paraliza y avala caminos de corrupción. Los pueblos no crecen desde los gobiernos sino desde ellos mismos, a partir de gobiernos que sean su expresión y su fuerza motriz. Estamos en el centro mismo del desencuentro ético-político, la anomalía es un dato fundante: se produce al no elevar a ser político lo que se es, sino aquello que un dirigente ocasional quiso que fuera. El desencuentro lo desarticula y vuelve inerte. No se trata de un hecho del pasado sin vigencia: el siglo y medio de manipuleo insustancial no ha permitido constituirnos sobre la base de nuestra constitución real. En nuestro inconciente colectivo sigue operando el hecho de no poder concretar aquello que somos. Este es el escalón crucial a superar para la defensa de una identidad permanente jaqueada.

Las democracias formales resultan insuficientes para pueblos como los de América latina, cuya historia testimonia niveles de participación directa en las luchas de su independencia en el siglo XIX y en los movimientos populares del siglo XX.

III. Inserción de América en el mapa mundial

Este tercer tema completa el esquema critico planteado como crisis ontológica, globalizadas las tres cuestiones como problemas de identidad. Se trata de la relación entre Estados débiles y Estados poderosos y la posibilidad de aquéllos de preservar su identidad en una lucha desigual donde impera el más fuerte.

A nivel internacional, los Estados viven en “estado de naturaleza o “estado de guerra de todos contra todos” donde impera la ley del más fuerte⁴. El llamado “orden mundial” no ha superado las posibilidades que se ofrecen desde el siglo XIX. Resulta un desatino hablar de un “orden” internacional, cuando la realidad demuestra que el poder se precipita hacia el más fuerte en términos de dominio. La experiencia actual es un desorden general dentro del cual imperan

circunstancias contingentes que van cambiando arbitrariamente, produciéndose desplazamientos en la detentación del poder que no alcanzan a modificar el estado vigente; se mantiene un juego de presiones propias de un esquema de poder entendido desde la fuerza⁵.

La tarea reflexiva exige, frente a tal circunstancia, esclarecer el papel que los pueblos dependientes pueden cumplir en la defensa de su libertad e intereses. Nuestra hipótesis de trabajo se abroquela apuntalando el orden ético-ontológico: en tanto el grupo se organice políticamente en consonancia con su identidad, es posible encontrar un camino viable que sea muralla de contención para la defensa del país. A partir de la fuerza interna constitutiva del todo como coherencia, es posible afrontar estrategias de inserción en un mundo manejado por la violencia, donde el único freno al poderoso se gesta desde la sabiduría. Cuando los pueblos resultan obligados por la fuerza de los hechos –en forma directa o velada– a sujetar su obrar interno o externo a directivas no elegidas ni compartidas, el planteo necesita ser trasladado al campo de la libertad y la afección ontológica. Frente a tal afección, suelen establecer mecanismos de defensa que muchas veces no son interpretados por sus dirigentes.

En el punto anterior señalamos la necesidad de llegar a una densidad ontológica constitutiva avalando una constitución política originaria. Hablamos de un orden político ético-ontológico aludiendo al trabajo que realiza el conjunto a partir de la participación efectiva de cada integrante como actor constituyente. En la inteligencia de que el orden alcanzado en la constitución interna se proyecta sobre el obrar externo y que ella concentra la posibilidad de defensa de su libertad y ontología, nos parece de previo y especial pronunciamiento atender a la configuración política alcanzada por la Nación, determinando el fundamento sobre el que se sostiene. La fuerza y legitimidad de lo interno abre las condiciones de estabilidad y dan fuerza a las decisiones internas y externas, permitiendo las estrategias adecuadas que avalen el rol a asumir. Resulta más fácil resistir presiones extrañas, impopulares, no queridas, cuando se cuenta con el aval popular.

La referencia a aquellos Estados carentes de capacidad decisoria real en el campo internacional implica que la reflexión debe tener en cuenta las siguientes circunstancias:

- a) la posibilidad de afección de la libertad-soberanía de dichos Estados;
- b) la violencia con que son resueltas las cuestiones internacionales;
- c) la necesidad de tales estados de apelar a estrategias de subsistencia.

La ficción diagrama lo político de nuestro tiempo. Representa el desapoderamiento de los pueblos como sujetos reales políticos, a través de mediaciones que mantienen la libertad en el mundo de las formas. Frente a decisiones extravinculantes la debilidad se ahonda. Hoy se observan claros signos de que los pueblos quieren ser oídos en aquello que hace a su ontología. Baste como ejemplo las consultas hechas para la formación de la comunidad económica europea. La fuerza del referéndum convalidando las decisiones del gobierno.

América se debate entre ser fiel a sí misma o aceptar ser adscripta al proyecto hegemónico mundial. La pregunta que surge es si es posible fijar una estrategia de inserción que proteja el genio colectivo. La respuesta indica que sólo un sujeto político fortalecido institucionalmente desde su interior puede pretender incorporarse a un sistema prefijado fuera de él con la dignidad que le da la fuerza de la interioridad. Esta resulta ser un arma de poderosa definición: estrategias de subsistencia avaladas por el querer colectivo.

Nuestra intención es llamar al acuerdo entre la memoria y la esperanza y hacer de nuestra libertad un hecho real. Roa Bastos lo expresa diciendo que "sólo una concentración de la memoria del amor y de la identificación con nuestro origen alcanzaría a devolvernos el porvenir y acaso también la esperanza..."

Notas

¹ B. Melia, *Stromata*, año XXX, enero-junio/1-2, Bs. As., p. 47.

² H. G. Gadamer, *Verdad y Método*, Ed. Sígueme, Salamanca, 1977, pp. 174/5.

³ *Ibid.*, p. 433.

⁴ N. B. de Rojas Paz, "El Estado hegeliano como individualidad excluyente", *Cuadernos de Ética* N° 13, Bs. As., junio 1992.

⁵ N. B. de Rojas Paz, "La fuerza constitutiva del orden", *Revista de Filosofía Latinoamericana y Ciencias Sociales*, N° 17, Buenos Aires, 1992, p. 27 ss.